

Carta de Sir E. C. Burne-Jones a W. Morris

Verano de 1914

Escúchame: nada ha sido como imaginé, nada ocurrió tal y como lo contamos ahora, en las cartas y los poemas que enviamos a casa, a las madres, las novias y los hermanos menores que desean unirse a nosotros, inflamados por la misma llama heroica que nos ha traído aquí. Mentimos, como siempre, para protegeros, para que los débiles y los dulces no tengáis que preocuparos y penséis en nosotros con fuerza y dulzura. Ya sabemos que a los pequeños, cuando les llegue la hora, no les reclutarán con cuentos patrióticos, sino con la realidad apremiante de que los alemanes se encuentran a las puertas.

Aún es posible ganar la guerra; eso creemos todos. Exigirá mucha más sangre, más barro y más desilusión, pero no somos cobardes. Tan sólo estamos muy cansados, cansados y hambrientos, nada que no pueda remediarse con sueño y buenas comidas calientes. La moral se mantiene alta, y no conozco a un solo inglés que no sea un patriota, pero nos permiten demasiado tiempo libre, en tensión, sin hacer nada salvo aguardar una orden nueva, y la cabeza se enreda en pensamientos terribles y obsesivos. He visto a hombres volverse locos solos, no por cobardía, sino por el horror que regresa una y otra vez en su mente.

La lucha, al menos, por cruel que resulte, nos obliga a correr, a sobrevivir, a decisiones tomadas con el mayor tino posible. En su afán por protegernos, los mandos rotan a los soldados, de manera que pasemos apenas unos días en el frente, y luego nos enterremos en las trincheras, y luego a los vagones de transporte, para comenzar de nuevo. Algunos infantes soportan con estoicismo y valor la estancia en el frente, pero caen luego en el abatimiento más absoluto en las trincheras. Si no lo creyeran un deshonor, pienso que serían muchos los que terminarían con su vida. Todos soportamos pesadillas, y algunos gritan dormidos. Cada noche sueño con caballos reventados por una granada, con los intestinos hinchados por el agua corrompida. He visto escenas mucho más espantosas, pero sólo sueño con esto. A veces despierto y me sabe la boca a carne podrida.

Me encuentro en una posición intermedia, no demasiado expuesta, en una llanura belga. Desde los acantilados del Mar del Norte hasta la frontera con Suiza, una rata podría saltar de trinchera en trinchera, protegida del fuego alemán. Mientras eso ocurre, nosotros somos las ratas. Si levantamos un poco la cabeza, sobre el parapeto, podemos ver a los alemanes.

Están allí, respiran allí, a una distancia de ciento treinta metros. Algunos veteranos cuentan que en Gallipolis la trinchera quedaba a sólo quince, y que los alemanes destrozaron a los soldados arrojando granadas. Desde aquí, los morteros fallan a menudo, y el límite de tiro se encuentra tan apurado que muchos aciertos se deben a la casualidad, aunque nuestros francotiradores son buenos, y nuestros SMLE no desmerecen de sus Mausers.

No podemos hacer nada, salvo esperar. Mantenemos un fuego en la trinchera de apoyo, para que sirva como señuelo, y a veces funciona y otras

no. Gran parte del trabajo que realizamos es de reparación y de construcción. Apilamos sacos, para que el agua no nos macere los pies. Por las noches, tendemos más alambre de espino. Regresamos, calentamos algo de agua en una lata. Ahora las noches se mantienen tibias, y el silencio se extiende hasta el infinito, sin un solo ruido que lo enturbie. Escuchamos los lamentos de los alemanes, las heridas que les causan los alambres cuando intentan atravesar la tierra de nadie.

Tememos más al alambre de espino que a las balas, porque cada arañazo aquí resulta una maldición mortal. El barro infecta las heridas, y nuestro mayor tesoro son los zapatos gruesos. Una ampolla puede terminar con la amputación de la pierna. Lo he visto. Hay mucha disentería, y con la proximidad del verano aparecerá de nuevo el tifus. Los golpes que descoyuntan miembros, las ondas expansivas de las granadas, todo parece conducir a una muerte invisible y rápida. Cuando los alemanes cargan, corremos a ciegas, entre los zigzags de la tierra. Las trincheras nunca se excavan en línea recta. No sabemos qué nos espera detrás del siguiente repliegue, y muchas veces es algo horrible: la muerte no, Isabella, algo peor.

Los sacos del suelo se mantienen siempre húmedos, pero los ingenieros aún no han ideado nada mejor. Mi trinchera no es profunda. No puede serlo, porque el agua brota si se pisa fuerte, cuando nos sacudimos los zapatos. Vivimos entre la tierra, el agua y el fuego. Intentamos a la desesperada tomar un alto, una colina, lo que sea, que nos permita elevarnos y atisbar qué está haciendo, chapoteando en su barro, el enemigo. Cuando lo conseguimos, si la hay, se reparte cerveza. Nos reparten puntualmente tabaco, chocolate y algo de alcohol. Para quien no se permita vicios, puede suponer un buen negocio.